

PARA TODOS

Cine. — RADIO. — Lectura.

Lea en este número:
A TRAVES DE
ABISINIA . INDOMITA

N.º 44

Precio:
\$ 1.20



ROCHELLE HUDSON
(Dibujo de Alberto Vargas)

En Radio no hay magia ni brujería: **ATWATER KENT RADIO**
Sólo hay calidad y servicio. **BESA Y CIA. LTDA.-DELICIAS 1486**

RECUESTO INTEGRAL DEL JAZZ EN CHILE

Aquí de seguido mencionemos a Miguel Zepeda, nuevamente, ya que pasó a ocupar el puesto de pianista al retirarse Fuenzalida, del Lido. De sus magníficas dotes inventivas, de su rápida percepción de las cosas y la memoria privilegiada que adornan su personalidad, está demás hablar.

Otro pianista, Eugenio González, pasó por el Lido, en forma un tanto fugaz, pero dejando la impresión de que al poco tiempo debería llegar a un estado de eficiencia digno de llamar justamente la atención. Nos complace constatar que dichas esperanzas son realidades ahora, y que González ha logrado progresos verdaderamente notables. Gran sentido rítmico, unido a justeza en la lectura, logran suplir en gran parte la carencia de inventiva en su piano.

La historia de «Chocolate» es triste y es novelesca. Abreviada resulta pálida, sin los contrastes del claroscuro necesario para su mayor realismo. Llegó al Lido de «pavo» en el avión en que viajaban desde Lima, los negros cubanos (!) que traía Luis Landoff. Al bajar del avión fué interrogado que qué hacía, y respondió que deseaba conocer mundos y que se había venido detrás de su amigos músicos. El no tocaba ningún instrumento, pero bailaba. Feo, delgado y bajo como era, con sus 18 años, tenía una simpatía especial, que le conagró inmediatamente, y en alguna forma u otra, «Chocolate» se quedó en el LIDO, donde Lucho Landoff pasó a ser su «papá». Tocó batería conmigo, y bailó rumbas también. Después enfermó seriamente, y no olvidaré jamás la trágica impresión que me llevé en el Hospital San Vicente, donde estuvo cerca de

seis meses, un día domingo que fui a verle. Le llevaba novelas de aventuras y algunas frutas; su ánimo estaba muy levantado. Con optimismo contaminoso nos contó que le iban a dar de alta y hacía miles de proyectos. En cambio, la cartilla médica rezaba de muy distinta manera. A los dos días moría, sólo, lejos de su tierra, abandonado incluso por sus propios compañeros.

Tenemos ahora la aparición de una nueva figura en el mapa del LIDO: Jorge

Por PABLO GARRIDO

(Continuación)

Martínez, saxofonista. Ocupó el puesto de Sein a su retiro y desde esa época (1933) estuvo trabajando junto a mí, en Santiago, en Valparaíso y en Viña del Mar. Dotado de una sensibilidad finísima, aunque no bien controlada, con una pasión desorbitada por las orquestas negras, Duke Ellington, Cab Calloway, etc., sus aspiraciones de niño se han ido trocando, día en día, en realidades hermosas. Educado musicalmente en los talleres de San Vicente de Paul, y con una profesión de electricista por delante, no pudo resistir a sus impulsos y debió llegar a ser músico. Encontró tropiezos en sus comienzos, pero siguió anheloso adelante. Cuanto disco de jazz podía escuchar, lo oía con un cariño ejemplar, tratando de adivinar cómo y por qué resultaban tales y cuales efectos en el saxófono. Se ha formado casi se puede decir que sólo. Nunca ha tenido un instrumento que le res-

ponda, de lo que resulta que realmente hace maravillas y prodigios de «acomodos» para poder tocar. Su saxófono está siempre lleno de elásticos de goma, que suplen resortes, agujas, etc. Hasta cierto punto ésto revela un carácter un tanto despreocupado. No es la convicción de su valer lo que le hace ser así; por el contrario Martínez es humilde, y en demasía. Jamás se le escuchará hablar con petulancia, ni una frase de escarnio para otros saxofonistas. Es intransigente, sí, pero con todo aquello que considera zozco y fofo. Su delirio por lo negro le ha llevado a lograr un dominio inigualado entre los músicos chilenos de jazz. No hay efecto, slap, smear, whip; etc., por endemoniada que sea su técnica, que no haya logrado vencer. Si en el saxófono alto mi bemol logra todo ello, otro tanto hace con su clarinete. Es una delicia escucharle «jazzear» en auténtico estilo negro; comunica el entusiasmo debido y la orquesta vibra junto a él, gracias a él.

El caso de Jorge Martínez es verdaderamente extraordinario y digno de imitar. Es el último de la orquesta, es el más humilde, es el que menos reclama para sí, siendo el que más merece. Todo verdadero artista es así; pero es necesario saber valorizarse, especialmente en estas tierras

(Continúa en la pág. 62)



Samuel Contreras, el notable trompetista y chansonnier chileno.

Recuento integral...

(Continuación de la pág. 28).

latinoamericanas donde si uno no se hace presente, nadie se preocupará de nadie. Yo he visto cómo Martínez ha ido progresando desde que le conocí; le he auspiciado todos sus dones, dándole la chance que se merece un músico ávido de surgir. Siempre vi con placer las consultas que me hiciera, ya sobre materias técnicas, como sobre músicos americanos, y así se ha ido formando este muchacho que hoy día ocupa el lugar más alto entre los profesio-

nales de su género en el país. Para decir verdad, no es nuestra tierra donde debiera estar Martínez; tiene un porvenir maravilloso, siendo ahora mismo una realidad espléndida. Aquí sólo obtendrá vegetar, tal como tanto músico de bellas cualidades, hasta llegar al tedio fatal, que justamente ha sido el aniquilamiento de muchos que pudieron llegar muy alto.

Hasta fines de 1933 figuraron en el Lido: Miguel Briceño, Manuel Dopazo, Bruno Schaub y Julio Oyague.

Briceño, porteño, nacido y con permanencia en los Estados Unidos, trocó su carrera de mecánica eléctrica por la de músico, tomando el saxófono y el bandoneón argentino. Escuchó grandes conjuntos, y estudió saxo con Chick Winter. El bandoneón, aparte de sus estudios personales, lo pulió bajo Augusto Berto, el notable bandoneón bonaerense.

Manuel Dopazo, el dandy de los músicos argentinos, de grandes cualidades, baterista elegante y todo un gentleman.

De Bruno Schaub ya creemos innecesario hablar, pues le hemos dedicado bastante espacio en uno de los capítulos anteriores.

Sobre el pianista peruano, Julio Oyague, tendremos que detenernos, pues su personalidad es de un valor bastante apreciable.

Perteneciente a una noble familia peruana, en la cual han figurado varios diplomáticos, educado en un ambiente y en aulas cultísimas, su afición por la música fué más poderosa que la carrera que sus padres pretendieron hacerle seguir. Ha desempeñado cargos de pedagogo en su tierra y ha colaborado en diarios y revistas peruanos, tanto con prosas amenas como con poemas llenos de emoción. Dejó su hogar de adolescente y ha recorrido

numerosos países de la América Latina antes de llegar hasta el nuestro. En Panamá pudimos habernos conocidos, pues estuvimos allí por la misma época, e indirectamente sabíamos el uno del otro, pero fué aquí, en Santiago — después de haber recorrido yo Centro América y algunos países de Europa — y en el Lido, donde debía llegar a comprender su valor integral.

Un sábado "de gala" Miguel Zepeda envió un reemplazante, pues él tenía que atender cierto baile particular; personalmente me opuse a que me dejase el puesto, pero viendo que Landoff aceptaba, aunque de malas ganas, no tuve más remedio que esperar la incógnita del reemplazante. La sorpresa fué grande, y al día siguiente, con Lucho Landoff, nos regocijábamos del descubrimiento. En la primera oportunidad Julio Oyague ingresó a mi orquesta, y en ella ha permanecido desde fines del año 1933.

Sus sólidos estudios pianísticos, unidos a su cultura general, más una comprensión precisa del rol del pianista dentro de una orquesta de jazz, le han valido la situación espectante que hoy día ocupa. Mi confianza en su capacidad ha sido ilimitada. Tanto es así que cuando no le he ocupado para la jazz, le he llevado como pianista de orquesta típica argentina (Casino de Viña, temporada 1934-35). Cuando pensé, este año de 1935, dar mi concierto de jazz y planeé montar la "Rhapsody in Blue", el nombre de Oyague se me ocurrió como lo lógico para solista. Y Oyague supo responder plenamente, estudiándose la difícil partitura en quince días, ejecutándola de memoria, como corresponde, a pesar de sus labores profesionales que lo absorben hasta las 3 o 4 de la madrugada.

Tanto en nuestra capital,

en el Teatro Victoria, como en Valparaíso, en el Real, supo demostrar hasta dónde puede llegar un profesional que toma su carrera con el debido cariño, sacrificándolo todo por el arte que cultiva. La crítica sólo ha tenido elogios, pero no alcanza a comprender cuan duro es este nocturno batallar de los que dedicamos una vida entera a complacer a los otros, olvidándonos de nosotros mismos. Así Julio Oyague es merecedor no de un aplauso, sino de un reconocimiento público de parte de nuestros músicos, que han visto en él encarnados sus sentimientos de perfeccionamiento profesional, sus anhelos de elevarse por sobre todos los contratiempos y odiosidades de la lucha cotidiana.

Entre otros elementos que figuraron en el Lido, citaremos a Zoltan Fisher, primer viola de la Sinfónica, que en mi orquesta ocupaba el puesto de segundo trompeta; Hernán Gálvez, trompetista también, que desempeñó dicho cargo al retirarse Fisher; a Luciano Dorich, el joven saxofonista porteño que hemos estado tratando de hacer surgir vigorosamente; a Luis Ravello el buen ejecutante de tuba, el más serio y mayor del conjunto, siempre dispuesto a trabajar y a colaborar, y finalmente, aunque de ninguna manera de menor valor, a Virgilio Varona, el notable trombonista cubano, autor de bailables tan célebres como "Dónde está mi gato", "Armando, la ruleta te hace mal", "La danza de los esqueletos" y "No vaya a popa". La personalidad de Varona, Orazio, como le llamo, es de interés como pocos se lo imaginan. Nacido en un hogar eminentemente musical, en una tierra donde todo es música, ha viajado mucho, y su nombre está presente por doquiera haya estado.

Dejamos para el próximo "recuento" el comentario sobre la actuación de mi orquesta en el Lido, su estructura, su trío vocal, su trío de ukeleles, la actuación en el Teatro Central y otros sabrosos detalles.

PABLO GARRIDO.

Quiere ganar siempre a la Lotería?



La ASTROLOGIA ofrécele la RIQUEZA. Aprovéchela sin demora, conseguirá FORTUNA y FELICIDAD. Guiándome por la fecha de NACIMIENTO de cada persona descubriré el MEDIO SEGURO para con mis EXPERIENCIAS se pueda GANAR SIEMPRE A LA LOTERIA. Mande 1. — en timbre postal y dirección. Recibirá GRATIS "EL SECRETO DE LA FORTUNA". Muchos AGRADECIDOS prueban mis palabras. — Prof. PAKCHANG TONG

Grat. Mitre 2241. — Rosario (Sta. Fe) — (República Argentina).